

No. 17 - Junio - 1951



REVISTA INFANTIL NACIONAL

Sembrando

¡Hay que luchar por todos los que no luchan!
¡Hay que pedir por todos los que no imploran!
¡Hay que hacer que nos oigan los que no escuchan!
¡Hay que llorar por todos los que no lloran!
Hay que ser cual abejas que en la colmena
fabrican para todos dulces panales.
Hay que ser como el agua que va serena
brindando al mundo entero frescos raudales.
Hay que imitar al viento, que siembra flores
lo mismo en la montaña que en la llanura;
y hay que vivir la vida sembrando amores,
con la vista y el alma siempre en la altura.
¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!

M. R. Belmonte.



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

**MARIA CRISTINA MARTINEZ
EMMA MORALES**

Heredia - Costa Rica

Sumario:

Sembrando	1
Arrullo	2
Beldad y la Bestia	3
Nuestros antepasados	7
Historia del telescopio	8
Galileo observando los astros	9
Los niños hablan	11
La hormiguita	13
Promesas de la tierra	16

JUNIO 1951

NUMERO 17

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez

VALE:

₡ 0.20

Arrullo

Para que este niño tenga
un blandísimo colchón,
el cordero más bonito
nos ha dado su plumón.

Para que este niño viva
siempre lleno de ilusión,
la luna reza por él
su luminosa oración.

Y para que este niño llene
de dicha su corazón
su madre lo va arrullando
con la más dulce canción.



Beldad y la Bestia

(CONTINUACION).

Al extremo de la gran sala abrió una puerta y penetró en una espaciosa habitación, donde encontró un lecho riquísimo, y como se sentía muy fatigado, cerró la puerta, se desnudó y se acostó.

Durmió hasta las diez de la mañana, y cual sería su asombro cuando, al despertar, vió que le esperaban lujosas prendas de vestir donde él dejara las suyas rotas y gastadas.

—Sin duda vive aquí un hada bienhechora que se ha compadecido de mi desgracia—pensó.

Se asomó a la ventana y, aunque pudo ver a lo lejos las colinas cubiertas de nieve y los árboles del bosque donde se perdió la víspera, desnudos de follaje, el terreno que circundaba el palacio estaba lleno de hermosos rosales cubiertos de rosas de las más variadas especies, que se abrían a los acariciadores rayos del sol. En el comedor halló preparado un succulento desayuno:

—Nunca podré expresar, mi hada bienhechora—dijo en voz alta,—el agradecimiento de que te soy deudor por tu bondad.

Desayunó con mucho gusto, cogió el sombrero y se dirigió al establo a ver su caballo; pero, al pasar bajo un arbusto todo cuajado de rosas, pensó en Beldad y en la rosa que le había pedido y cogió un ramo de las más lozanas para llevarlas a casa. En aquel preciso momento oyó un ruido muy grande y vió que se le acercaba una bestia de tan horroroso aspecto, que a punto estuvo de desmayarse del susto.

—¡Ingrato!—dijo la Bestia con voz espantosa.—Te he salvado la vida admitiéndote en mi palacio y, en pago, me

robas las rosas que son lo que más aprecio de cuanto poseo. Pero expiarás tu falta: dentro de un cuarto de hora morirás.

El comerciante cayó de rodillas y, juntando las manos, imploró:

—Señor, humildemente os pido perdón. No quería causar ninguna ofensa al coger una rosa para una de mis hijas que me rogó encarecidamente que se la llevase. ¡No me matéis, señor mío!

—Yo no soy señor, sino Bestia—replicó el monstruo,—detesto los falsos cumplidos, y no hay manera de engañarme con halagos. Dices que tienes hijas. Pues bien, sólo te perdonaré la vida si una de tus hijas viene a morir en vez de de ti. De lo contrario, prométeme que volverás al cabo de tres meses para someterte a la muerte que yo elija.

El bondadoso comerciante ni siquiera pensó un momento dejar morir a una de sus hijas para salvarse; pero si aceptaba las condiciones impuestas por la Bestia, le quedaba al menos la satisfacción de volver a verlas. Hizo, pues, una solemne promesa y en seguida recibió el permiso para marcharse tan pronto como quisiera.

—Pero no quiero—dijo la Bestia—que vuelvas a tu casa con las manos vacías. Sube a la habitación donde has dormido y encontrarás un arca. Llénala de lo que más te guste y yo me encargaré de mandártela.

Después de decir esto, desapareció la Bestia. Al quedarse solo, el buen comerciante empezó a pensar que, pues si debía morir, tendría al menos el consuelo de dejar a sus hijas bien arregladas. Subió a la habitación en que había dormido y encontró en el suelo montones de monedas de oro. Llenó el arca hasta los topes, la cerró, montó a caballo y salió del palacio y del jardín lleno de rosas, con tanta tristeza cuanta había sido su alegría al contemplarlo por vez primera.

El caballo tomó por una senda que cruzaba el nevado bosque y, pocas horas después, el comerciante llegaba a su casita. Sus hijos salieron corriendo a recibirlo, pero él, en vez de apresurarse a besarlos con alegría, no pudo contener el llanto al contemplarlos. En su mano llevaba el ramo de rosas, que ofreció a Beldad, diciendo:

—Toma estas rosas, Beldad; pero nunca adivinarás lo caras que le han costado a tu pobre padre.—Y les hizo un relato de cuanto había visto y oído en el palacio de la Bestia.

Las dos hermanas mayores empezaron entonces a llorar, recriminando a Beldad y acusándola de ser la causante de la muerte de su padre.

—¡A esto conduce—exclamaban—el orgullo de esa miserable! ¿Por qué no pidió lo que nosotras pedimos? ¡Pero, claro, ella ha de distinguirse siempre de todo el mundo, y aunque es la causa de que su padre muera, no derrama ni una lágrima!

—Sería inútil—replicó Beldad—porque mi padre no morirá. Puesto que la Bestia aceptará como rescate a una de sus hijas, me entregaré yo misma, considerándome muy dichosa de poder probar así mi amor al mejor de los padres.

—No, hermana—dijeron a coro los tres hermanos,—eso no puede ser. Nosotros iremos en busca de ese monstruo, y él o nosotros pereceremos.

—No creáis poderlo matar—dijo el comerciante,—su poder es demasiado grande. Pero tampoco permitiré que Beldad sacrifique su vida por mí. Soy viejo, y ya no espero vivir mucho, de modo que sólo puedo dar unos pocos años de vida, y únicamente me duele porque he de dejar a mis hijos.

—¡De ninguna manera, padre!—gritó Beldad.—Si tú vuelves allí, nadie me impedirá seguirte. Aunque soy joven, no tengo mucho apego a la vida y prefiero que el monstruo me devore a morir de pena por haberte perdido.

En vano trató el comerciante de disuadirla. Beldad se obstinaba cada vez más en su propósito, lo cual llenaba por cierto, de alegría a sus hermanas, que se consumían de envidia al ver que todos la querían.

Tanto se afligió el comerciante pensando en la desgracia de su hija, que ni por un momento pensó en el arca llena de oro; por eso fué grande su estupor cuando, al ir a acostarse aquella noche, la encontró a los pies de su cama. A sus hijas mayores nada les dijo de sus riquezas, porque sabía que querían volver en seguida a la ciudad; pero a Beldad le reveló el secreto, y entonces supo por ella, que, durante su ausencia visitaron la casa de campo dos caballeros que se habían prendado de sus hermanas. Suplicó a su padre que las casara sin tardanza, pues, en la bondad de su corazón, Beldad sólo deseaba hacer dichosas a sus hermanas.

Transcurrieron los tres meses con prodigiosa rapidez y el comerciante y Beldad ya estaban dispuestos para la marcha al palacio de la Bestia. Llegado el momento de la despedida, las dos hermanas se restregaron los ojos con cebolla para hacer creer que lloraban; pero el comerciante y sus hijos lloraban de verdad. Sólo Beldad tenía los ojos secos. En pocas horas llegaron al palacio, y el caballo, sin que nadie se lo ordenase, se dirigió al mismo establo, como la vez primera. El comerciante y Beldad se encaminaron a la gran sala, donde hallaron una mesa llena de variados manjares a cual más exquisito, con dos

cubiertos. El comerciante no tenía apetito, pero Beldad para mejor disimular su pena se sentó a la mesa y animó a su padre. La linda muchacha empezó a comer, sin dejar de pensar un momento que la Bestia sin duda quería engordarla para devorarla después, a juzgar por el banquete con que la obsequiaba. Cuando acabaron de cenar oyeron un gran ruido, y el buen anciano empezó a despedirse de su desventurada hija, porque sabía que así se anunciaba la presencia de la Bestia. Aquel ser monstruoso produjo en Beldad una impresión de horror indescriptible, pero procuró ocultar su miedo. El monstruo se acercó a ella, la contempló un rato a su sabor y, con voz espantosa, le preguntó si había venido por su propia voluntad.

—Sí—contestó Beldad.

—Eso significa que eres buena hija, y te estoy sumamente agradecido.

* Ante una observación de tan correcta gentileza como inesperada, Beldad se quedó estupefacta y cobró valor; pero volvió a desfallecer cuando la Bestia, dirigiéndose al comerciante, le expresó el deseo de que abandonase el palacio al día siguiente por la mañana y no volviera más.

—Buenas noches, comerciante. Y buenas noches, Beldad.

—Buenas noches, Bestia—contestó ella, mientras el monstruo desaparecía de la sala.

—¡Ah, hija mía! exclamó el comerciante abrazándola. —Ya estoy medio muerto al pensar que he de dejarte sola con esa horrible Bestia. ¡Márchate y me quedaré en tu lugar!

—No esperes que haga semejante cosa—dijo Beldad en tono que no admitía dudas. Mañana has de volver a casa.

Se dieron las buenas noches y se acostaron los dos con la misma idea de que no podrían cerrar los ojos en toda la noche; pero los dos cayeron inmediatamente en un profundo sueño, del que no se despertaron hasta el día siguiente. Beldad soñó que una dama se le acercaba y le decía: «Estoy muy contenta, Beldad, de que hayas sacrificado voluntariamente tu vida por salvar la de tu padre. No tengas miedo, porque tan noble acción no puede quedar sin recompensa.»

Tan pronto como Beldad se despertó fué a contar el sueño a su padre; pero, aunque en cierto modo le sirvió de algún consuelo, transcurrió mucho tiempo antes de resignarse a dejar el palacio. Por fin, Beldad logró persuadirlo a marcharse.

Nuestros antepasados suponían que la tierra era plana.

Actualmente nosotros sabemos que la tierra es redonda. Es conocida la mayor parte de su superficie; barcos navegan por los distintos mares, y aviones vuelan en todas direcciones. Sin embargo, por cientos de años, cuando no se tenían medios de viajar por los grandes océanos ni de volar por los cielos, las gentes creían que la tierra era plana.

Los hombres estudiosos, los que no se contentan con aceptar lo que las gentes aseguran, trataron de contestarse en forma más satisfactoria, y ya en tiempo de los griegos, los sabios tuvieron idea de la redondez de la tierra observando los eclipses, porque se dieron cuenta que en un eclipse de luna, la sombra era producida por la tierra que se interponía entre el sol y la luna, la sombra era circular, así la tierra que la producía tenía que ser redonda.

Copérnico descubre que la tierra gira alrededor del sol.

Durante siglos se creyó que el sol daba vueltas alrededor de la tierra, y no es de admirar, porque, no vemos todos los días levantarse el sol en oriente y ocultarse en occidente?

En el siglo XV, Nicolás Copérnico se interesó en el estudio de los astros. Pasaba largas horas durante las noches observándolos desde la torre de la catedral de su ciudad.

Después de años de reflexión comprendió que el salir y ponerse el sol se debía al movimiento de la tierra. La tierra y los planetas se mueven alrededor del sol, se dijo. Ya anciano escribió un libro explicando sus ideas; y este libro estuvo editado poco tiempo antes de su muerte. Copérnico, pudo apenas sentir entre sus manos el libro recién salido de la imprenta.

Historia del Telescopio

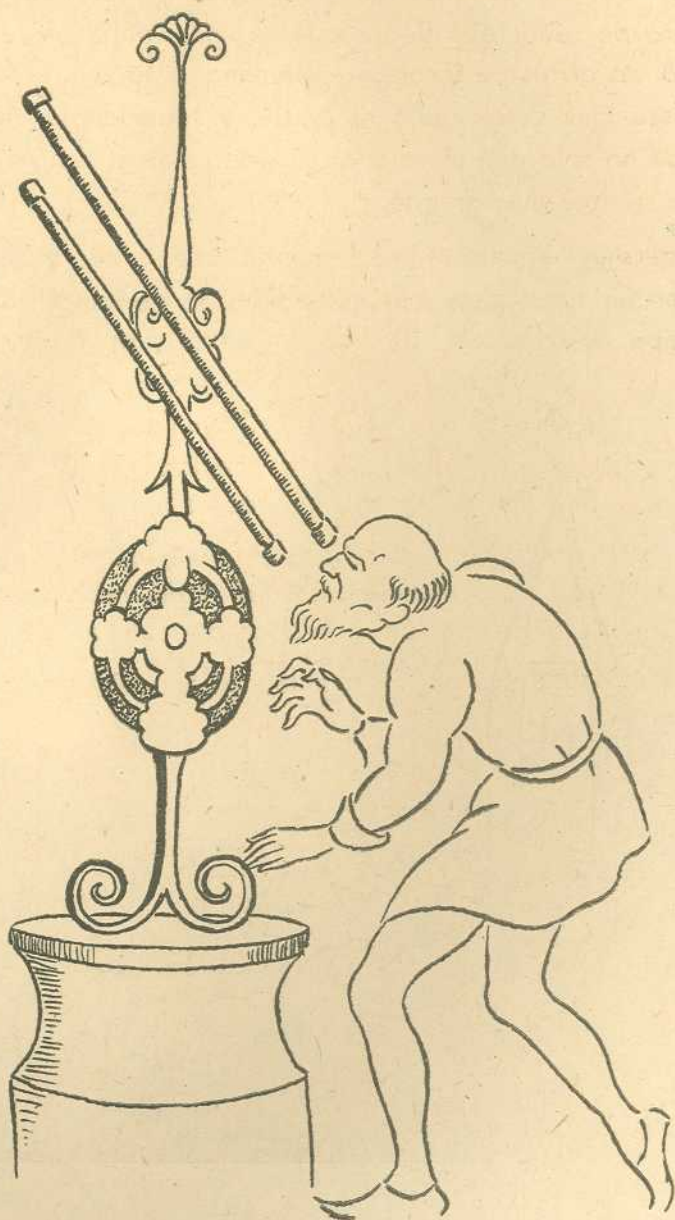
Después del tiempo de Copérnico, hace alrededor de trescientos años, vivió en Holanda un hombre llamado Hans Lippershey que trabajaba en hacer lentes para anteojos. Cuentan, que un día, mientras estaba en su cuarto de trabajo, sus niños jugaban fuera con algunos de sus lentes. Uno de los niños tomó dos lentes y poniendo uno frente al otro, miró por ellos al volador que se encontraba en la torre de la iglesia. A sus gritos de sorpresa exclamando que veía el volador como si estuviera muy cerca, salió el padre, y tomando los lentes miró y comprobó no sólo que el volador se veía como si estuviera más cerca sino que se veía más grande.

Lippershey empezó a experimentar con lentes y finalmente los colocó en un tubo, para más comodidad. Este aparato llamó mucho la atención.



Galileo observando los astros.

Galileo, uno de los más grandes científicos de esa época, tuvo noticia de ese aparato, y entonces, comenzó a fabricar uno, con el propósito de mirar a los cielos. Trabajó con infinita paciencia por largos días puliendo vidrios y curvándolos de un modo y de otro. Por



fin colocó en un tubo dos lentes, y al mirar por él, las cosas se le aparecieron más grandes.

En la primera noche clara, miró a los cielos y grande fué su admiración cuando en los espacios que sus ojos no veían estrellas, miraba ahora muchas de éstas, titilantes y resplandecientes.

Su telescopio, porque éste fué el primer telescopio, le permitía conocer mejor las maravillas de los cielos.

Y noche a noche, Galileo, desde una torre observaba los astros celestes y hacía descubrimiento tras descubrimiento. Con sus observaciones comprobó que Copérnico tenía razón al asegurar que la tierra y los planetas giraban alrededor del sol.

Los descubrimientos de Galileo fueron pronto conocidos. De diferentes países de Europa llegaron estudiantes a Italia a recibir lecciones del maestro Galileo.

La Iglesia no aceptó las ideas de Galileo porque en la Biblia se afirma que la tierra es el centro del universo: y por este motivo fué llamado a Roma donde se le obligó a no creer más en sus ideas y se le prohibió enseñarlas.

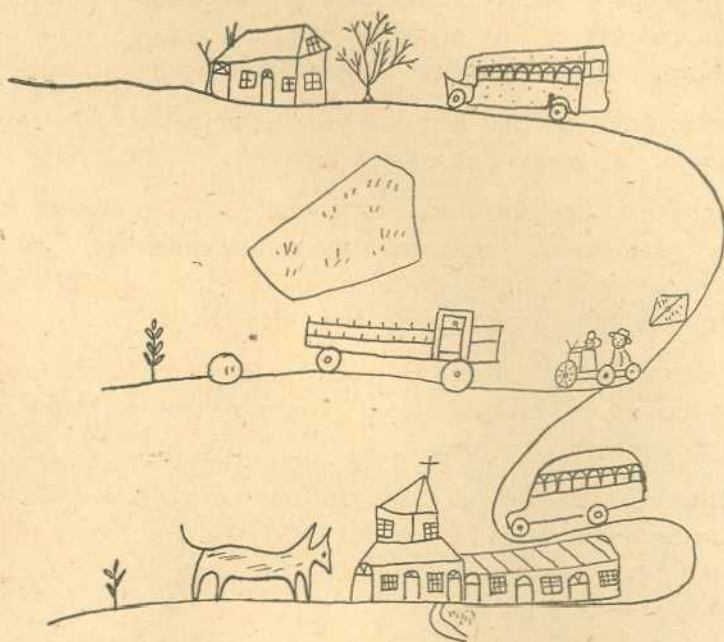
Galileo oceptó el mandato, pero cuentan que al salir dijo en voz baja: "E pour si muove" y sin embargo se mueve.

Hoy sabemos que la tierra tiene dos movimientos; el de rotación y el de traslación. En cada rotación tarda veinticuatro horas y en su movimiento de traslación alrededor del sol, un año.

Las ideas de Copérnico y Galileo están comprobadas por la ciencia.



Los Niños Hablan



Eladio Lobo. 2º Grado. Cinchona. Heredia.

El Paseo a la Montaña

Lo que más me gustó del paseo a la montaña, fué ver cómo trabajaba un tractor sacando una piedra, y otro tractor jalando grandes tucas.

—¿Cómo es posible que una máquina levante cosas tan grandes?

—Niña Carmen, ¿cómo es posible que el hombre haga un tractor?

Resultado del Concurso de Trabajos en Composición y Dibujo

PREMIO DE ₡ 20.00

Corresponde a

Rafael Enrique Aguilar. 1er. Grado. Escuela de "El Coyol". Alajuela.

PREMIO DE ₡ 10.00

Corresponde a

Manuel Campos. 2º Grado. Cinchona. Heredia.

CINCO PREMIOS de ₡ 5.00 cada uno

Corresponden a los siguientes niños:

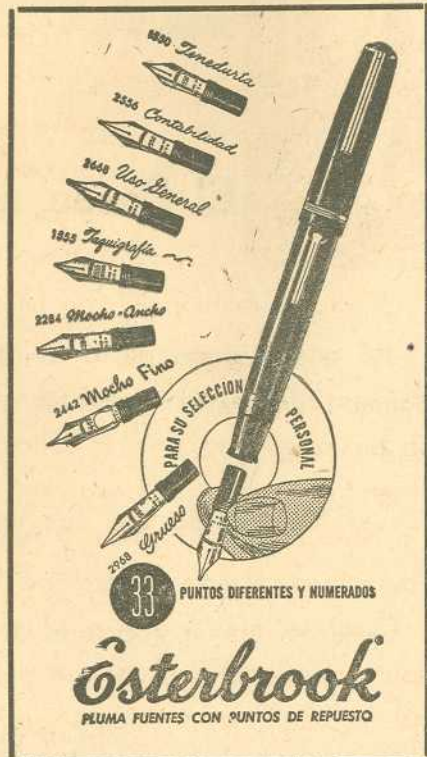
Luzmilda Vargas H. 3er. Grado. Escuela de "Laguna". Alfaro Ruiz. Alajuela.

Carmen Pérez L. Escuela del Empalme. Cartago.

Grace Acosta. Escuela de Porrosatí.

Precilia Hernández. 2º Grado. Cinchona. Heredia.

Flor de María López. VI Grado. Escuela Leipold. Cañas.



La Hormiguita



Había una vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí:—¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensólo más y se fué a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana.

Ya se vé; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro, y le dijo:

—Hormiguita, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo me enamorarás? respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiguita se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino, le dijo al toro, que me asustas, me asombras, y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiguita; hasta que pasó un ratonperez que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dió su manita negra.

Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa; después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonperez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonperez hizo, por su

mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fué, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonperez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fué a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuése la hormiguita en derechura a la cocina; miró la olla, y allí estaba ¡qué dolor! el ratonperez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro, y le dijo:

—¿Por qué lloras?

Ella respondió:

—Porque ratonperez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y dijo:

—¿Por qué, pajarito cortaste el piquito?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortaste la cola?

—Porque ratonperez se cayó en la olla, y la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y yo la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, voime a derribar.

Dijo la fuente clara:

—¿Por qué, palomar, te vas a derribar?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola; y yo palomar, voime a derribar.

—Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.
Viño la Infanta a llenar la cántara.

—¿Por qué, fuente clara te has puesto a llorar?

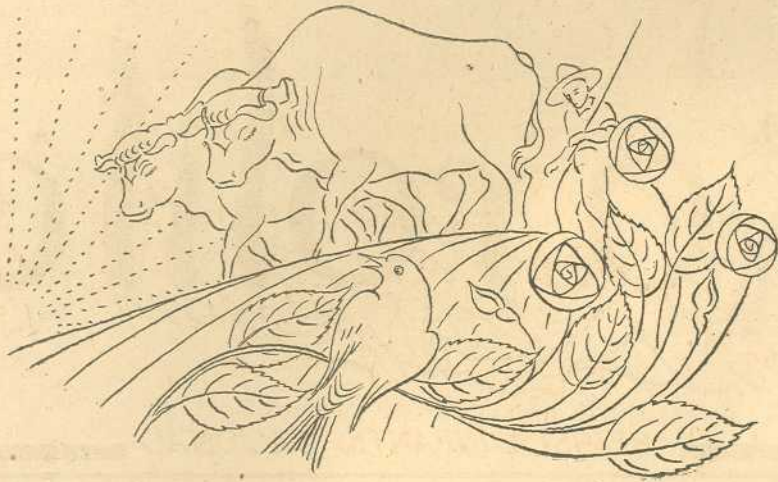
—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y que el palomar fuese a derribar, y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

—Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo que lo cuento acabo en lamento, porque el ratonperez se cayó en la olla, ¡y la hormiguita lo siente y lo llora!

Fernán Caballero.





Promesas de la tierra

Hay un olor de vida
 en el huerto, en el aire y en las cosas:
 es un olor a tierra humedecida
 que va anunciando la precoz venida
 de la mies y del fruto y de las rosas.

Hay anuncios y promesas en el rayo
 que el sol derrama encima de las eras;
 durmió la tierra como en un desmayo,
 pero las lluvias del florido mayo
 fecundarán las mustias sementeras.

Hay regocijos hondos en los prados
 y enrojecen sus flores las piñuelas;
 van peinando la tierra los arados;
 hila el yigüirró versos delicados
 y el labriego labora en sus parcelas.

El campo reverdece y, fatigosas,
 tornan las yuntas de mover la tierra
 tán pródiga en ofrendas hechas rosas
 y espigas. Vida nueva hay en las cosas
 y en las verduras que el cercado encierra.